

feliz que estremecían las obscuridades de la mina, cesaron. Dos años, tan sólo, de trabajos forzados habían concluido con aquel organismo vigoroso; pero el testimonio de sus sufrimientos y la injusticia brutal de que fué objeto, vivirán mientras vivan sus cartas admirables:—eternamente.

VICTOR PÉREZ PETIT.

«El Iniciador» de 1838

ANDRÉS LAMAS — MIGUEL CANÉ

Recordemos cómo nació la prensa literaria entre nosotros.—Llevemos nuestro espíritu á los tiempos en que resplandecía sobre la frente de Montevideo, azotada por ráfagas heroicas, la representación de la inteligencia y la dirección de las ideas en los pueblos del Río de la Plata.

Unificados por la indivisibilidad de una sola y gran patria literaria ha de considerar á esos pueblos nuestro estudio,—porque no admite la historia intelectual de aquella época clasificaciones fundadas en las diferencias de nacionalidad que acababan de fragmentar el suelo del viejo Virreinato.

Es de la acción aunada de las dos generaciones que se alzaban simultáneamente en una y otra margen del Río—teniendo por inspiración los mismos ideales, obediendo en la propaganda y en la lucha á idénticos propósitos—de donde el movimiento intelectual que tuvo sus manifestaciones primeras en las páginas de *El Iniciador*, nace pujante y prestigioso, y labra el amplio cauce común en que aquéllas debían precipitar sus energías, sus anhelos y sus entusiasmos.

En los últimos tiempos del período de regeneración que inauguran en la historia argentina los ensayos orgánicos de 1821, una juventud brillante y anhelosa animaba los claustros de la Universidad que acababa de levantar la iniciativa genial de Rivadavia, sustituyendo en ella el molde de la vieja enseñanza colonial, que tiene su expresión en las históricas aulas de San Carlos y que no había sido modificado esencialmente después de la Revolución, por las que las habían sucedido, con un orden de estudios que recibía su inspiración de los propósitos de reforma social en que aquel régimen civilizador se hallaba empeñado.

Por la eficacia de la educación instituía sobre los fundamentos de esta reforma social y animada de un espíritu nuevo, aquella época luminosa aseguraba sus triunfos del presente con la conquista del porvenir, y ponía su sello á la mente de una generación á quien tocaba custodiar los penates de la cultura vilipendiada, llevándolos consigo en largo y proceloso destierro, frente al régimen bárbaro que debía levantarse sobre las ruinas de aquella obra gloriosa de organización.

Los que salvaban entonces los lindes de la infancia,—los hombres nuevos á quien Juan Cruz Varela, el poeta consagrado de

las iniciativas de la grande época institucional, había cantado lleno de generoso entusiasmo, no debían ver jamás,—ó debían verlo sólo cuando treinta años de luchas é infortunios los separaba de aquel amanecer luminoso de su vida—un predominio tal de la inteligencia, vivificando el organismo social como energía impulsora y soberana, resplandeciendo como supremo prestigio de la personalidad y acatada como fuerza efectiva de gobierno.—La prensa y la tribuna, que se regeneraban por la adquisición de un carácter esencialmente digno y doctrinario; las tendencias nacientes de asociación intelectual que levantaban centros de propaganda y de cultura, estimulando al pensamiento en todas sus actividades generosas; la cátedra, que difundía en los espíritus la savia nueva del saber; el canto mismo de los poetas que se incorporaba como una nueva fuerza de acción, afirmada en el sentimiento de las multitudes, á la empresa de regeneración que lo inspiraba, concurrían, como otros tantos toques de cincel, á transfigurar la fisonomía heredada de la sociedad de la colonia, y creaban una atmósfera nueva dentro de la que el espíritu de aquella juventud pensó asistir á la definitiva realización de la obra de sus padres, consumándose para su porvenir y para su gloria.

Pero cuando hubo llegado para ella la hora de la acción, la escena había cambiado.

Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, en el destierro, el nervio de la época de organización y de cultura.—El viento de la Pampa soplabá vencedor sobre la frente de la ciudad que había sido glorioso pedestal de Rivadavia. Toda manifestación de intelectualidad y libertad se había extinguido ó estaba próxima á extinguirse. Al gobierno de las ideas había sucedido el gobierno de la fuerza brutal. Revivían, bajo sus auspicios, todos los gérmenes reaccionarios ocultos en el seno de la sociedad que la política iniciada en 1821 había empezado á desvestir de los hábitos de la tradición colonial.—Aquella juventud se hallaba, pues, sola y desorientada en tal ambiente.—La realidad que se ofrecía ante sus ojos era como una barrera impenetrable que la separaba de los horizontes que una educación avanzada había descubierto á su espíritu.

Ella reproducía, en medio del estéril sosiego del régimen dictatorial, en medio del silencio y la sombra, las mal comprimidas inquietudes, la nostalgia de acción, los anhelos hondos y ardientes, de aquella otra juventud que se levantaba, privada también de escenario y de tribuna, en las postrimerías de la colonia, y que excitada por los ecos remotos y legendarios de la Revolución, por las fecundas agitaciones de la propaganda de la libertad de comercio, por los aplausos del mundo que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, llevaba en el alma un hervor que denotaba un sentimiento ignorado por el espíritu de las generaciones anteriores y que debía manifestarse, irresistible y fecundo, en su cercana obra de redención.

No era menos briosa y activa la geniali-

dad de la generación á quien tocaba añadir la obra de la Libertad á la obra de la Independencia. No pudo por mucho tiempo el régimen despótico contenerla en la expansión de su espíritu. En 1837 ella se congregaba al llamado del innovador que había traído á su seno, del otro lado de los mares, el fuego de una gran revolución ideal—la que imprimió su sello luminoso á la primera mitad de esta centuria;—y levantaba, como los fundamentos del pórtico por donde debía verificarse el pasaje á una época nueva, una idea de emancipación literaria, un programa de regeneración social y una fórmula de organización política.

Pero ya, con anterioridad al año de la memorable protesta, nuevas voces habíanse alzado á pesar del influjo desalentador del ambiente ingrato y obscuro, anunciando la proximidad de aquel estallido generoso del alma de la juventud.

Marcos Avellaneda y Juan María Gutiérrez habían hecho su iniciación en la prensa vehemente y tumultuosa del tiempo de Balcarce.—Juan Bautista Alberdi era ya autor de la «Descripción de Tucumán», de la «Refutación á El Voto de América», del comentario á Lermínier.—La poesía de los *Consuelos* hallaba tímidos imitadores, y el viejo verso de Hidalgo había renacido en Ascasubi, que tomaba á Béranger el dardo alado de la canción.—El futuro publicista de *El Nacional* ensayaba, en el panfleto y la invectiva, su prosa ardiente y plebeya.

El impulso que concentrando y encauzando dentro de una tendencia definida los esfuerzos aislados, fijó de modo solemne y prestigioso la fórmula de las ideas que imprimieron carácter á una época, se manifestó casi simultáneamente, en su aspecto literario por la aparición de *La Cautiva*, y en su aspecto social por el pensamiento orgánico que el propio autor de *La Cautiva* formuló en el Dogma de Mayo.

Aquel poema daba el modelo de la emancipación de los espíritus en la expresión, en la forma.—El «Salón Literario» que Marcos Sastre fundó, también en 1837, fué el centro de donde se propagó la iniciativa, y contribuyó principalmente á uniformar en la juventud que animaba sus veladas, las aspiraciones y las tendencias.

El pensamiento de regeneración política, que levantó, en medio de las pasiones desencadenadas de los bandos, una bandera de concordia y un programa de organización que debía ser definitivamente sancionado por la posteridad, hizose carne en la institución de la «Asociación de Mayo», de la que podría decirse que estuvo en sí la célula de la nacionalidad futura.

Colaboraba eficazmente también en este doble movimiento un periódico de vida efímera que Alberdi dirigió y cuyas inspiraciones fundamentalmente serias y fecundas estaban en curiosa oposición con el trivial significado de su título: *La Moda*. Ha de buscarse en él el inmediato precedente de *El Iniciador*.

Todas estas manifestaciones de actividad y de entusiasmo debían forzosamente atraer sobre la inquieta juventud que las producía los recelos de aquellos que representaban un régimen que necesitaba para

su consolidación de la inmovilidad de todas las tradiciones de atraso.

Penetró la «Mazorca» en el secreto de las reuniones donde se controvertía la nueva idea política y social.—Ellas, por otra parte, tendían á un carácter activo que se determinaba á medida que los rigores del régimen de fuerza demostraban la imposibilidad de toda propaganda de reforma.—A la dispersión de los conjurados que sentían agitarse en su espíritu el nuben de una época nueva, siguió bien pronto su ostracismo voluntario ó forzado.—Una segunda emigración fué á unirse con la que mantenía en tierra extraña hacia dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

Montevideo fué el centro preferido de esa emigración, como lo había sido de la que la precedió en los caminos del destierro. Ella aportaba al movimiento intelectual que iba á tener por escenario el recinto de la ciudad heroica, las ideas de 1830 en filosofía y arte—y la fórmula constitutiva lanzada por el autor de los *Consuelos*, como norma é inspiración de su propaganda política.

El elemento pensador de la primera emigración personificábase en Juan Cruz y Florencio Varela.

Tenía el primero la representación de la aristocracia intelectual de la época de Rivadavia. Representaba el segundo la persistencia del mismo ideal político y literario dentro de una generación que debía caracterizarse por ideales nuevos y distintas aspiraciones.

Juan Cruz había tenido oportunidad de proseguir en el destierro su fecunda acción de publicista, acompañando los esfuerzos primeros de nuestra constitución nacional, con la propaganda de *El Patriota*, bajo el ministerio organizador de don Santiago Vázquez.—Su inspiración de poeta, que había nacido al calor de una época gloriosa y estaba hecha á ser la consagración de sus triunfos, quedó por algún tiempo como en mudo estupro, ante el fracaso de la grande obra que había celebrado. En la severidad espartana de su poesía no halló una nota que se acordase con las amarguras de la proscripción. Pero cuando la juventud de la época nueva llegó á Montevideo, el poeta que había saludado en ella, en días mejores, el porvenir y la esperanza, y á quien muy breve tiempo separaba entonces de la tumba, pudo todavía contribuir al movimiento literario que ella inició, con sus últimos versos, que tienen ya la entonación de la elegía, y que serán acaso los más amados de la posteridad, por que son los que manifiestan, en una forma más ingenua y humana, un sentimiento más profundo.

En cuanto al magisterio intelectual de Florencio, que fué sin duda eficaz y poderoso sobre la generación que entonces se iniciaba, no se manifestó tanto en forma pública y escrita, hasta la aparición del diario que vive vinculado á su gloria, como por el adontramiento íntimo y verbal.—En su primera juventud había soñado con los lauros del poeta. Su poesía había resonado al par de la del celebrador de Ituzingó,—en iguales formas solemnes y austeras del lirismo, modificada un tanto la difusión oratoria de

Juan Cruz por un tono más sobrio y horaciano. Cantó al par de él á los triunfos de la guerra con el Imperio, á los afanes de la obra de organización, y saludó la resurrección de Grecia, en nombre de la América emancipada, después de Navarro. En el destierro dedicó cantos de noble y austera inspiración á la concordia, á la paz, á la prosperidad del nuevo Estado que debía ser la escena de su gloria y el suelo amigo de su tumba. Abandonó más tarde el verso, y concentró su espíritu en el estudio de la historia de América, á la que pensaba consagrar todos los afanes de su madurez.—Su influjo literario fué de moderación y resistencia á la corriente innovadora en cuanto ella relajaba las severidades de la disciplina que estaba en la educación y en la organización misma de su mente. Su naturaleza intelectual era firmeza, sosiego, exactitud. Desconoció, como publicista, otras inspiraciones que las de la razón que impera augusta y majestuosa, con la paz de las cimas; y aún en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por todas las exaltaciones de la indignación y todos los odios de la lucha, como la que le llevó al martirio y á la inmortalidad, no se caracterizó su palabra por el arrebatado y el ardor que acusan la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad, por la justicia, por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo unida á las vistas límpidas y seguras de la inteligencia.

Esbozabase en ocasión de la llegada de estos primeros proscrios, y estimulada por su presencia en gran parte, la actividad intelectual de la naciente República.

Constituía la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa,—á quien hubiérase podido llamar aún con más exactitud que el poeta de la nacionalidad que se iniciaba, el poeta de Montevideo: la encarnación del espíritu de una ciudad y de su crónica, animados por una poesía risueña y apacible que tenía algo del aspecto de esa misma ciudad.—Cuando la plaza fuerte dentro de cuyos muros había escrito el «Diario» del sitio de 1812, se alzaba al rango de capital de un pueblo independiente y á la dignidad republicana, cobró de súbito el acento del versificador que hasta entonces había militado en las filas humildes de la tradición prosaica de Iriarte, ó la vulgar y villanesca de Lobo, cierto brío, cierta elevación, cierta grandeza, y dieron ritmo sus cantos á las primeras palpitaciones de la existencia nacional.

Mientras la vida pública, en la capital del nuevo Estado, tenía de este modo su poeta,—el poeta que ensayaba crear, por sobre el lenguaje del documento, la prensa y la tribuna, una expresión más ideal y más alta para el sentimiento colectivo, reflejábanse con no menos fidelidad la vida íntima y la vida de sociedad del mismo centro en otras formas inagotables de su producción, que seguían el cauce liso y ameno de la estrofa galante ó de la sátira deleitosa y sin hiel.—No estaba solo, el poeta del Himno, en aquella primera manifestación de su actividad literaria.—Carlos Villademoros, Manuel y Francisco de Araújo, buscaban inspirarse

también, entre otros que les son inferiores, en los acontecimientos de su época. — Eran sus cantos como un remedo, un tanto candoroso y aldeano, de la genialidad del lirismo solemne y majestuoso que había resonado en América, durante la Revolución, para saludar sus glorias y consagrar sus triunfos. — En esa endeble poesía de circunstancias asociábanse por extraña manera la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del pensamiento y del estilo que son denunciadoras de la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y la artificiosidad propios de una retórica que marcaba el último grado de afectación y decadencia en una escuela moribunda.

Las deficiencias de la organización, la pequeñez del escenario, su inestabilidad en medio á los sacudimientos de la lucha, la misma condición de generaciones que habíanse formado en escuela poco propicia á las manifestaciones desinteresadas del pensamiento, — como que las fuerzas de su mentalidad hubieron de confluír con las de su carácter y su brazo en las porfías de la acción — concedían un espacio muy limitado á aquellas tareas del espíritu que no se relacionaban directa é inmediatamente con ellas, y vedaban toda otra forma de expansión, á quien las cultivaba, que la que se acogía tímidamente á las columnas de periódicos que vivían la vida agitada y febril de la pasión, difundiéndola en sus alas de fuego, sin amplitud para reflejar otras actividades de la vida y dar voz á más serenas aspiraciones.

Faltaba nervio en la vida intelectual, faltaba la pasión, faltaba el brío, que una nueva generación estaba destinada á llevar á los torneos de la inteligencia, realizándolos por el doble impulso vivificador de sus ideas revolucionarias y de su genialidad activa y generosa.

Marcos Sastre, á quien en relación al orden de tiempo podríase conceder la primacía entre los hombres que participaron del carácter de este elemento innovador, había incorporado, desde la primera juventud, á la sociedad argentina su acción y sus talentos, prestando allí servicios eficaces á la evolución de 1837 que hemos procurado bosquejar.

Es Andrés Lamas el primero en anunciar, entre nosotros, la renovación del patriado inteligente y la renovación de las ideas.

Su presencia en la escena pública se anticipa á la de los demás hombres de su generación. Su palabra recoge los primeros ecos de la iniciativa emancipadora que había señalado al pensamiento y la literatura de América, la mente inspirada de Echeverría.

Casi niño, hizo sus primeras armas en la prensa. *El Nacional* de 1836 fué una bandera prestigiosa en sus manos. Sus dotes de escritor se acrisolaron prematuramente en esa campaña vigorosa que terminó para el diarista adolescente con el destierro político. — Y luego, cuando Alberdi pensó atraer hacia la obra de regeneración social y política en que la juventud de su época soñaba, la voluntad de Rosas, invitándole en los *Preliminares* de su traducción de Lermínier á ser el brazo que llevase á la realidad aquel pensamiento, publicó Lamas un pan-

fleto de impugnación donde se hacía resaltar la incompatibilidad de todo ideal de instituciones con la tendencia lógica y fatal de la tiranía. — Vuelto á la prensa en 1837, su alejamiento de Montevideo hízose pronto inevitable. — Cuando regresó con el ejército triunfador del Palmar, tomó de nuevo la pluma. Adquirió entonces el boceto casi infantil del escritor rasgos firmes y audaces que le presentaron como el publicista de su generación, como el publicista de una época nueva. En Octubre de 1838 escribía Lamas el proemio de *El Iniciador*.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

(Concluirá.)

LAS CUCHILLAS

Germán García Hamilton no necesita presentación para los lectores de la REVISTA: sus producciones han exornado más de una vez estas columnas, y es su figura literaria una de las que se destacan entre la joven generación poética del país.

La lucida composición que en seguida se inserta, transparenta las altas condiciones intelectuales de García Hamilton, pues en sus versos se reúnen el criollismo brillante y culto de Elías Regules y la nota épica, entusiástica, patriota, de las inspiradas trovas de Valdenegro.

Á Carlos Martínez Vigil.

Como gigantesco mar
De alta y vastísima playa,
Vese la tierra uruguaya
En suaves curvas ondear,
Y si de ombú secular
La alta copa se divisa
Entre la niebla indecisa
Allá á lo lejos, parece
Algún bajel que se mece
Al impulso de la brisa.

Cuando su regio tapiz
De flores, la primavera
Tiende, y la verde pradera
Pinta con vario matiz;
Sobre el risueño país,
Alta, elegante, sencilla,
Semeja cada cuchilla
Que el rojo sol tornasola,
Una fantástica ola
De trébol y de gramilla.

Flores de gualda y zafir,
Azules, blancas y rojas,
Entrelazadas sus hojas
Se ven sobre ellas lucir,
Cual si quisieran decir:
Colores tradicionales,
Ya que en luchas fraternales
Os hallasteis divididos,
Aquí viviréis unidos,
Pues todos sois orientales.

Si bajo el manto encendido
De la rutilante esfera
Ruge en la noche una fiera
Entre el bosquecillo dormido,
Del potro despavorido
Se oye el confuso rumor,
Y del casco volador
Vuelve los ecos el llano
Como redoble lejano
De misterioso tambor.

Y si la hacienda bravía
En súbita atropellada
De la alta noche callada